

La educación debería continuar toda la vida. La vida consiste en crecer y aprender. Inclínase hacia la muerte, cuando cesa el crecimiento. Sin duda que el niño disipado espera con impaciencia el momento en que recobrará toda su libertad, como el alumno perezoso la hora en que habrá terminado sus estudios; pero el anciano instruído por la experiencia de la vida, sabe que la educación debe comenzar en la cuna para terminar en la tumba. Ahora bien, todo esto se aplica, no sólo á la educación que es necesaria para ganarse la vida y para adquirir una formación terrena, sino, en grado mucho más elevado, á la educación para la vida eterna. Sin embargo, esta educación no puede continuarse indefinidamente. Toda educación debe tener su fin y terminar cuando uno llega á la mayor edad. Lo mismo ocurre con la educación dada por la Iglesia. La Iglesia tiene la satisfacción de poder enviar cada día gran número de sus hijos, por las puertas de la muerte, al Padre que está en los cielos, con el testimonio de que están bien educados y son dignos de la mayor edad para la eternidad. Triunfo es éste que los indemniza de muchas amarguras. Pronto están contados los que en el mundo han aprendido á convertirse en dueños de sí mismos. La Iglesia puede glorificarse de poseer millares de hijos, á los que puede presentar á Dios, que sondea los corazones, como mayores de edad, mayores de edad en el reino de la virtud, mayores para consigo mismos, mayores á los ojos de Dios. Son precisamente aquéllos que, en esta vida mortal, se han sometido con la mayor constancia á la educación de la Iglesia, aquéllos que mejor han adaptado su vida á la suya. En verdad que no es demasiado largo y penoso dejarse educar, durante una vida corta y perecedera, para conseguir la vida eterna.

CONFERENCIA XXIII

LA VIDA DE ORACIÓN

1. El misterio del lenguaje.—Uno de los principales beneficios que el hombre ha recibido de la liberalidad del Creador, es el don de la palabra, la cual es el signo de una vida más elevada, una manifestación de la inteligencia, y por esta razón, uno de los misterios más impenetrables. Con ella vertemos, en corazones compasivos, los sentimientos que tratan de ahogar el nuestro, y así dulcificamos nuestros dolores, al propio tiempo que aumentamos nuestra alegría. Con ella formamos nuestra inteligencia; con ella ilustramos á los ignorantes, consolamos á las almas angustiadas, y les indicamos el camino que conduce á la paz. Ella abre un abismo infranqueable entre el hombre y todos los otros seres, que en la serie de la Creación, se encuentran solamente un grado más bajo que él.

Después de haber creado ya millones de mundos, la Omnipotencia del Creador comenzó por establecer todo un nuevo orden de cosas en la vida perfumada de la planta. Pero, por superior que fuese á los soles y á las estrellas el mundo que comenzó por una brizna de yerba, el Creador no lo juzgó suficientemente bello para adornarlo con el don de la palabra. Después de la creación de la planta, creó otros seres más elevados; pero tampoco les concedió este favor. También este mundo, el mundo henchido de mariposas y de insectos, está condenado á una vida incompleta y triste, porque carece de lenguaje.

Sólo en los pájaros se encuentra, por primera vez en la escala de los seres creados, la voz, para anunciar, según

parece, otros organismos más perfectos, como anuncian de lejos al navegante la proximidad de una nueva tierra.

Pero todo falta todavía para que el hombre pueda hablar aquí de lenguaje. ¡Siempre el mismo canto insignificante y monótono, sin libertad, sin sentimiento, sin expresión! En sus cantos, en los que no hay el menor pensamiento, ni siquiera puede el pájaro expresar el temor ó el dolor; sólo un peligro inminente despierta su atención, y, cosa curiosa, cambia inmediatamente su voz en esos gritos que lanzan el topo y la víbora cuando manifiestan su ansiedad ó su dolor. Sólo las especies de animales superiores hacen brotar del pecho sonidos que se parecen á la expresión de una emoción interna, y gozan del privilegio de manifestar, por cierta especie de voz, el dolor, la alegría, el temor, el deseo. Pero, en ellos, todo esto se limita á gemidos, á mugidos, á aullidos, ó á otros sonidos análogos; expresarse y discurrir les está prohibido.

Crea, pues, quien quiera, con Darwin, que un saltón, cuyas patas y antenas se han desarrollado en un período de millares de años, ha podido convertirse en un ciervo, ó que un gorila, que ha acabado por hacer desaparecer su pelo á fuerza de trepar á los árboles, ha podido tomar la forma humana. ¿Pero se querrá también hacernos creer que bastarían millares de años para que el ruiseñor se apropiase el canto de la Catalani, y para que el chimpancé aprendiese el sánscrito ó el griego? Jamás un hombre inteligente hará semejante milagro, porque un milagro sería. La piedra inmóvil no está tan distanciada del pájaro, que revolotea de un lado para otro, como lo está el hombre de todo el mundo inferior, por el solo privilegio de la palabra. Sólo hay palabra donde existe un alma racional. ⁽¹⁾ Palabra y razón son inseparables, porque las dos son signos de un espíritu inmortal y pensante. Allí donde la palabra encuentra trabas, allí también se retrasa más ó menos el desenvolvimiento de la razón. En la palabra es donde hay que ver lo que puede la inteligencia del hom-

(1) Aristot., *Anima*, 2, 8, 9.

bre. El estudio de las lenguas, hecho con inteligencia, será siempre el guía más seguro para penetrar en los lugares más recónditos del taller intelectual; una expresión creada por las lenguas, ofrece con frecuencia la clave para resolver las cuestiones más difíciles.

La primera de todas las artes, la más grande de todas las habilidades, la que sólo poseen corto número de hombres, es la habilidad de la palabra. Entre las facultades que el hombre posee en la tierra, ninguna es comparable en influencia al poder de la palabra humana. Una sola palabra basta para disponer de la vida y de la muerte de millares de personas; la tempestad que no sabría apaciguar un ejército de bayonetas, se calma en el momento en que una palabra oportuna penetra en los corazones irritados. Sin lenguaje, no sería posible la sociedad humana; sin lenguaje, el Estado y la familia se convertirían en hordas salvajes; sin lenguaje, la historia sería imposible; sin lenguaje, estaríamos privados de educación y de progreso. En el reino animal, no hay progreso, porque no hay lenguaje. Aunque el animal pudiera aprender, sólo él se aprovecharía de ello, y no su especie, puesto que le falta el medio de comunicar su ciencia á sus semejantes.

2. La oración, lenguaje del cristiano.—Si la lengua es nota esencial de la inteligencia dotada de razón, el signo por el cual el Creador ha distinguido al hombre de todas las otras criaturas; si es el medio de que le ha dotado para que se una á sus semejantes y constituya la sociedad, entonces esta unión que Dios ha creado entre los hombres, para que su espíritu reine en ellos, para que vivan eternamente con Él, en otros términos, la sociedad, no puede existir sin lenguaje.

La cuestión del lenguaje es siempre importantísima para la vida de toda comunidad. Allí donde no existe la misma lengua, es difícil entenderse y concertarse. ¿Qué ocurriría, si faltase el lenguaje? ¿quién gobernaría? ¿cómo la unión, y aun la existencia, serían posibles?

Si, pues, el reino de Dios debe existir y durar entre los hombres, si debe ser un campo en que reinen la concordia y la unión, la primera cosa que necesita es que se hable en él un lenguaje común. Este lenguaje debe ser el signo característico, el medio por el cual los miembros de este reino entren en relación con Dios, y el lazo que entre sí los una. Conocemos este lenguaje del reino de Dios; es la oración. La oración es la lengua por medio de la cual los hijos de Dios se comprenden, porque es la lengua por medio de la cual se ponen en comunicación con su Padre.

Jamás podremos comprender mejor lo que esto quiere decir, que cuando aquel espíritu, que cree hacer un servicio al mismo Dios, nos arrebatase de la tierra; ⁽¹⁾ que cuando el espíritu de intolerancia contra la conciencia y contra la Iglesia nos arroje de nuestros hogares, de nuestras propiedades y de nuestra patria, negándonos el agua y el fuego. Como criminales condenados á muerte, erramos fugitivos por tierra extraña; de repente distinguimos un templo de Dios; de lo alto de una de sus torres, habla la campana á nuestro corazón, con fuerza tan conmovedora como en otro tiempo, cuando vivíamos en paz en nuestra querida patria. Un poder irresistible nos atrae á la casa de nuestro Dios. Entramos en ella con ese sentimiento inexplicable de abandono, de abatimiento, que ignora todo corazón, hasta que lo ha perdido todo en la tierra. Las vidrieras de vivos colores nos dicen que el espíritu de la fe y de la caridad reina allí hace ya muchos siglos, y allí ha producido frutos soberanos. La voz solemne del órgano penetra en nuestro corazón quebrantado por la pena, y brotan de nuestros ojos lágrimas más abundantes que las que corrieron otras veces en días más felices. Un escalofrío conmueve nuestro ser, al sordo fragor de esos truenos precursores del juicio final; ó bien, una dulce alegría se apodera de nuestra alma, al oír en lontananza los coros de ángeles que nos dan un sabor anticipado de las delicias de aquella patria, donde no existen ni lágrimas ni sufrimientos. En aquel

(1) Joan., XVI, 2.

momento nos sentimos más cerca del cielo, y vemos que la tierra, con todo su poder, no puede arrebatar una cosa que es muy superior á todos sus bienes, á saber, la paz de Dios en el corazón.

Sin embargo, el hombre permanece hombre, aunque el cielo lo atraiga á sí. ¡Ah, qué felices seríamos, si tras una larga permanencia en suelo extraño, pudiéramos decirnos que, en la tierra, no debemos sentirnos extranjeros! Involuntariamente paseamos nuestras miradas por las naves de la Iglesia, y vemos que la muchedumbre piadosa de fieles la llena por completo, hasta la puerta de entrada; no oímos una sola palabra; nadie nos da la bienvenida, pero, al verlos golpearse el pecho y rezar el rosario, nos basta una ojeada para comprender que rezan. En el altar hay un sacerdote, el cual ofrece, en lugar de ellos, el sacrificio de alabanza y propiciación. Entonces sabemos donde nos hallamos; quizás no conozcamos la lengua que se habla en aquel país; no estamos habituados á sus costumbres; pero ¿qué importa? Allí se conoce al Padre que adoramos, y todos le hablan en la misma lengua que en nuestro país. ¡Gracias sean dadas á Dios, por cuanto, desterrados por nuestros hermanos, nos encontramos de nuevo entre hermanos, y por cuanto, arrojados de nuestra patria, no nos hallamos sin patria! En aquel momento comprendemos—quizás no lo habíamos hecho nunca, hasta que la necesidad no nos había obligado á penetrar el misterio de la oración—que la oración es el medio único y, no obstante, sencillísimo para encaminar, á la unión del espíritu y á la fraternidad de los corazones, á los hombres que no pueden ya entenderse desde la construcción de la torre de Babel.

En verdad, que es preciso haber atravesado momentos en que el suelo flaquease bajo nuestros pies, en que todos nuestros apoyos se derrumbasen, para poder apreciar cuán verdadero es que la oración es la escala por la cual subimos de la tierra al cielo, y por la cual los mensajeros de Dios descienden hasta nosotros para consolarnos. Empeza-

mos ya á formarnos una pequeña idea de la fuerza que debe haber en la oración, cuando el fugitivo soplo de una piadosa disposición de espíritu nos hace olvidar todo el dolor que desola nuestro corazón, y nos eleva hacia la morada eterna de la paz. Entonces es cuando comprendemos el honor inmenso que la gracia de la oración presta al cristiano, al capacitarlo para hablar sin intérprete con el Dios de majestad, para traducir todos los suspiros de su corazón y todos los pensamientos de su espíritu al lenguaje de la eternidad, á ese lenguaje que, al través de la inmensidad del espacio y del tiempo, continuará resonando, en los coros de espíritus transfigurados, como sacrificio de alabanza y adoración.

3. La oración, algo nuevo en el mundo: el muro de separación entre el Cristianismo y el mundo.—Si esto ocurre con la oración, la cual, nosotros, hijos de la oración, no podemos comprender, sino con el mayor trabajo, y cuya sublimidad quizás no apreciamos nunca por completo, no tenemos por qué asombrarnos de que la primera impresión que los cristianos, este pueblo de orantes, produjeron sobre el mundo, fuese tan inaudita, nueva y extraña.

En los tiempos más remotos, en días mejores, el Paganismo conservaba aún hermosos vestigios de oración, pero, en los últimos tiempos, apenas si sabía lo que era. De aquí provino el asombro con que fueron mirados los cristianos.

Este carácter de orantes, no sólo sorprendió á los paganos, sino que también hoy conserva la misma apariencia de singularidad. Todo ello nos muestra claramente que tenemos en la oración, no sólo algo de nuevo, sino un bien que es de especie muy diferente de todo lo que contiene la civilización profana.

En efecto, la oración es un nuevo grado de progreso intelectual y moral. Jamás la humanidad se hubiera atrevido á practicar por sí misma la oración, si Dios no hubiese descendido hasta ella y no la hubiese elevado hasta Él.

Con esto no queremos decir que la oración haya sido introducida únicamente por la Revelación y el orden sobrenatural. La oración es una de esas obligaciones que se fundan en la naturaleza del hombre, y que se predicán por la razón natural y por la conciencia. ⁽¹⁾ Pero es ya algo tan sublime, y casi nos atreveríamos á decir tan peligroso, que Dios mismo tiene que ir delante del hombre, alentarle y fortificarle, para que éste pueda servirle.

Aplicase esto especialmente á la oración sobrenatural, á la oración de los hijos que se dirigen á su Padre. La oración cristiana es una gracia de Dios, un don del Espíritu Santo. ⁽²⁾ El cristiano ha recibido del Padre el derecho, del Hijo el ejemplo, del Espíritu Santo la fuerza para orar. De aquí que se comprenda fácilmente que el mundo mire la oración con santo respeto. En la oración es donde se expresa con mayor claridad el espíritu cristiano, la elevación hacia Dios, el desprendimiento del mundo. La oración es el límite infranqueable ante el cual se detiene el espíritu del mundo como herido de estupor. La oración es el muro que separa del mundo al cristiano. Aunque nos viésemos rodeados de un ejército de burlones, podríamos imponerles silencio y obligarles á huir más que de prisa, con sólo sacar nuestro rosario y empezar á rezar. El mundo no comprende la oración; por esto no la ama, ni la practica; por esto huye de ella, le tiene miedo, siquiera no se canse de afirmar que no la necesita. Aunque los hombres digan millares de veces que pueden prescindir de la oración, no hay que creerlos: mienten. Mejor que nadie saben ellos que, al decir esto, no hablan sinceramente. Del mismo modo hablan de todo lo que estiman en el fondo de su corazón, de todo lo que desean poseer, pero cuya adquisición exige de ellos demasiado esfuerzo.

El animal puede vivir sin orar. Esto es completamente natural, y en ello no encuentra mal alguno, porque carece

(1) Cf. tomo I, conf. II, 5.

(2) Rom., VIII, 26. Gal., IV, 6. August., *Ep.* 194, 3, 10; 4, 16 y sig. *In ps.* 118, 14, 2. Gregor. Mag., *In Evang. hom.*, 2, 30, 3.

de razón y de lenguaje. Puede ocurrir que el hombre, que, por desesperación, ha rechazado lo que tiene más valor para él, huya de la oración, porque le recuerda aquellos hermosos días que ha perdido por su propia falta; pero sabe muy bien que, si hay alguien que tenga necesidad de la oración, es precisamente él. Así como el corazón no puede existir sin amor, ni la inteligencia sin verdad, así también la lengua no puede permanecer muda, mientras posea un átomo de fuerza. ¿Cómo el hombre, que, en una lucha penosa contra sus pasiones, aspira á librarse de sí mismo y desea su ennoblecimiento moral; cómo el hombre, á quien un rayo de lo alto ha mostrado la oscuridad del calabozo en que vive; cómo el hombre que suspira por algo mejor que lo que constituye la felicidad del animal, podría vivir sin orar? Bien puede decirnos: Siento que mi corazón es tan duro como la piedra, y carezco de fuerza para orar. (1) Queremos creerlo; pero lo que nadie puede decirnos es que no experimente la necesidad de orar. Lo único que hay de verdad en ello es que es demasiado débil para orar, y que el desaliento le aleja de la oración.

4. La oración, lenguaje de la vida, enseñada por el mismo Verbo de Dios.—Pero si todos los hombres deben orar, y si ninguno puede orar con sus propias fuerzas, ¿á dónde dirigirnos, pues, en nuestra angustia?

La respuesta se nos ofrece por sí misma. Los discípulos que se dirigían al Señor y le rogaban con toda sencillez que les enseñase á orar, (2) hablaban en nombre de la humanidad entera, que tenía necesidad de redención y de estímulo para emprender un nuevo vuelo. Y la Sabiduría divina, que hacía hablar á los mudos y llenaba de elocuencia la lengua de los niños, supo inmediatamente apreciar todo lo que hay de apremiante y de serio en ésta oración; era el llamamiento á la salvación y á la vida lo que la humanidad enviaba hacia el cielo por boca de sus apóstoles.

De aquí que no bastase al Hombre-Dios orar él mismo,

(1) Rom., VIII, 26.
(2) Luc., XI, 1.

aunque la oración hecha por la cabeza lo sea por todo el cuerpo y todos los miembros. (1) Tampoco le bastó enseñarnos á orar con su ejemplo. (2) Verdad es que cada una de sus acciones es una verdad y un ejemplo para nosotros, (3) y que nos enseñó numerosas verdades concernientes á la salvación sin decir una palabra; pero en esta cuestión, que es verdaderamente una cuestión de vida para el mundo entero, no le bastó darnos el ejemplo, sino que quiso ser Él mismo, en persona, el maestro que nos enseñase á orar; tan grande es á sus ojos la importancia de la oración. Con mucha frecuencia y variadas maneras, ha hecho decir á los hombres, (4) por sus servidores los profetas, lo que debían creer, hacer y omitir; pero se reservó el derecho de enseñarnos Él mismo, Él, el Verbo de Dios, (5) el lenguaje que debemos hablar como hijos de Dios en presencia de nuestro Padre.

Y con razón. Si el lenguaje es el signo de la vida, convenía que Aquél que es la vida, y que da la vida, nos enseñase igualmente la oración. (6) Si la vida que nos trajo era una nueva vida, muy justo era que aportase también una nueva lengua que respondiese á esta nueva vida. (7) Por esto, yo mismo—dice—quiero estar en tu boca, y enseñarte cómo debes hablar. (8) Y abrió la boca, nos desató la lengua y dijo: Hablaréis así: Padre nuestro que estás en los cielos. (9) Y desde entonces, el corazón del que no es sabio, aprende la sabiduría, y la lengua que hasta entonces ha tartamudeado, habla rápida y distintamente: (10) la humanidad ha-

(1) August., *Ps.* 85, 1. S. 217, 1. Bern., *Pentec.*, S. 2, 5.

(2) Cyprian., *Orat. Domin.*, 29 (21). Augustin., *In ps.* 56, en. 5. Thomas, 3, q. 21, a. 1, ad 1; a. 3.

(3) Gregor. Mag., *Dial.*, 1, 9; 3, 21. Basilius, *Constit. mon.*, 1, 1. Augustin., S. 75, 2.

(4) Hebr., I, 1.

(5) Cyprian., *Orat. Dom.*, 1, 2.

(6) Quid fecit vivere, docuit et orare. Cyprian., *Or. Dom.*, 2.

(7) Tertullian, *Orat.*, 1.

(8) Exod., VI, 12.

(9) Luc., XI, 2.

(10) Is., XXXII, 4.